

LA MONARQUÍA DE D. AMADEO I,
ANTE EL ESTADO ECONÓMICO Y SOCIAL DE ESPAÑA.

BREVES APUNTES

SOBRE UNA CUESTIÓN DE ACTUALIDAD

POR

D. J. LEOPOLDO FEU,

Doctor en Derecho y Abogado de los Ilustres Colegios
de Madrid y Barcelona.

PUBLICADOS LA SOCIEDAD DE CRÉDITO TERRITORIAL Y MOVILIARIO DE CATALUÑA.

BARCELONA.

—*—

IMPRESA DE NARCISO RAMÍREZ Y COMPAÑÍA.

Paseo de Escudillers, número 4.

1872.

AL EXCMO. SR. D. CIRILO ALVAREZ,

Presidente del Tribunal Supremo de Justicia,

*dedica este opúsculo, como leve testimonio de consideración y
respetuosa amistad, su afectísimo S. S.*

Q. B. S. M.

J. Leopoldo Feu.

Madrid, 7 de enero de 1872.

I.

Hace ya cuatro años que bajo la impresion del sacudimiento que hizo sentir su ominosa influencia en todos los centros de la produccion, nos decidimos á imprimir el folleto intitulado: «La crisis económica y el país» que, con aplauso inmerecido, pasó de mano en mano y alcanzó un grado de publicidad que á nosotros mismos debia sorprendernos. El pensamiento del folleto, como se recordará, era muy sencillo: á la vista del descrédito en que se hundia el principio de asociacion, dábamos un grito de alerta á las clases ilustradas y les recordábamos que, con todos sus defectos, la asociacion era la ley indeclinable del mundo moderno; y seguidamente, comparando los elementos y factores de la antigua con los de la nueva civilizacion, demostrábamos que, una vez sentada la planta en el estúdio de la economía pública, no era posible retroceder ni siquiera estacionarnos, ántes bien el problema del porvenir, imponiéndose á los espíritus con toda su gravedad y trascendencia, nos reducía hoy á la inflexible alternativa de *luchar* ó *morir*; de vegetar en el aislamiento sin ideal de ninguna especie y desligados de todo vínculo, ó lanzarnos de una vez por el derrotero que nos trazaban los pueblos más inteligentes de Europa y América, educándonos para hacer mejor de cada dia lo que con tanta inhabilidad habíamos ensayado, y pidiéndole prestada á la asociacion la robustez y la fuerza de que está necesitado el hombre y que en vano busca el ciudadano de nuestros tiempos por las vías de un menguado individualismo. A nuestros ojos, el problema económico-social se presentaba con caractéres hasta cierto punto análogos

al político: bien así como caído el antiguo régimen y habiendo saludado los albores de la libertad, los estragos de la revolución eran ya impotentes para ahogar en su germen las nuevas tendencias y aspiraciones, consistiendo el verdadero nudo de la cuestión política en reconciliar y hermanar la libertad con el orden, en el terreno económico debía emplearse un procedimiento idéntico buscando el lazo de unión y la síntesis salvadora que concertase dos elementos en apariencia antitéticos y que, sin embargo, se imponían á la época presente como necesidades premiosas é ineludibles. Negar el sentimiento de la libertad era mutilar, que no resolver, el problema político de los tiempos modernos; de la misma manera, volver la espalda á la asociación y al crédito en vez de pensar en dirigir, moderar y encauzar sus impulsos, no era resolver la cuestión económica, sino suprimirla.

El retraimiento, pues, efecto natural del desengaño producido por las Sociedades de crédito y Empresas de obras públicas que se formaron en España y que cayeron á poco sepultando bajo sus escombros los ahorros y capitales de gran número de familias, no podía ser la situación definitiva en nuestra patria: expresaba, ciertamente, un sentimiento de aversión y desconfianza á todas luces legítimo despues de los multiplicados reveses y contrariedades que se habian sufrido; pero determinando un puro estado *de negación*, no debía considerarse como definitivo en nuestra existencia económica. Por el contrario: si el estado de retraimiento y de desvío se prolongaba mucho, su resultado más positivo sería agravar considerablemente nuestras dolencias en vez de extirparlas.

«Todavía hay tiempos peores que los de revolución,» escribía con su profundidad habitual el esclarecido D. Jaime Balmes aludiendo á las épocas en que la corrupción se dilata y extiende sordamente bajo las apariencias del sosiego, de la apacibilidad y del creciente bienestar: todavía hay períodos más tristes y lamentables que los de crisis en la vida económica de los pueblos, decimos nosotros, y son aquellos en que todos los resortes de la actividad colectiva están paralizados, en que nada se hace ni se piensa en nada, en que cada uno se resigna oscuramente á su impotencia y, como procedimiento para conjurar los males y vencer los conflictos, no acierta á emplearse más que una fórmula: la desconfianza, el marasmo, la atonía. Si es cierto que la asociación y el crédito malograron entre nosotros sus primeros ensayos por falta de dis-

creción, de inteligencia y tal vez de moralidad, el progreso no ha de realizarse por las vías de la negación renunciando del todo á lo que ántes se proclamó como necesidad indeclinable de los tiempos y lo era en efecto, sino mejorando y perfeccionando lo que tan torpemente se ensayó; creando y formando paulatinamente los hábitos que ántes no existían; oponiendo á los mecanismos y á las organizaciones imperfectas otras más seguras y más diestramente combinadas; que así como el individuo está condenado á la ley irredimible del trabajo y desde la mansion paradisiaca viene obligado á comer el pan con el sudor de su rostro, la civilización social, que es el resultado del trabajo colectivo en las múltiples esferas de la actividad, se obtiene tan sólo en la historia á precio de redoblados esfuerzos, de energía y de sacrificios.

Tal es, en elevada síntesis, la aspiración que formulamos en el anterior folleto.

A pesar de esto, sucedió lo que debía esperarse y nuestra voz amiga se perdió en el vacío. El sentimiento de pronunciada reacción contra toda sociedad, toda empresa y todo proyecto económico estaba en la conciencia del país, y en vano la prensa, así de Madrid como de las provincias, hizo justicia á nuestra intención generosa y levantada. Los hechos, los desengaños con su incontrastable elocuencia hacían estériles las predicaciones: el desaliento tenía embargados los espíritus y vanamente se hablaba de anudar los lazos de la vida económica moderna y de rehabilitar el crédito ante las ruinas amontonadas y el espectáculo de las víctimas. ¿Y qué mucho si, al fin y al cabo, es ley natural y efecto necesario de las reacciones, sobre todo en los pueblos meridionales siempre veleidosos y levantiscos, rebasar el justo límite que la reflexión les señala? ¿Qué mucho si, la misma falta de educación, que sólo á fuerza de grandes sacrificios obtienen los pueblos, produce en la corriente de la vida social estremecimientos parecidos á las oscilaciones del péndulo sustituyendo siempre un mal por otro mal, un extremo por otro extremo, una exageración por otra exageración?

Justamente se duelen de este fenómeno los hombres avisados y pensadores; pero, considerado en sí mismo, es natural é inevitable.

Motivos idénticos, razones iguales á las que dictaron nuestro folleto de 1867 presiden en nuestro ánimo al echar á volar ahora el presente opúsculo.

¿Seremos más afortunados en nuestras predicaciones?... ¿Se

perderán también en el vacío nuestros patrióticos consejos?—El tiempo dará la respuesta. Por nuestra parte, ni adoramos en el Dios-éxito, ni descendemos á la arena del debate público llevados por meros impulsos de amor propio: en medio de la general indiferencia y del excecpticismo que tantos estragos produce, abrigamos hace tiempo una convicción firmísima, y, divulgándola y propalándola, damos satisfacción cumplida al más elevado de los estímulos morales que puede sentir el hombre, la conciencia de su deber.

II.

En el mes de Setiembre de 1868 consumó la nación española un suceso altamente trascendental, la más grave revolución política que registran sus anales. Caida por el suelo la monarquía hereditaria y secular, interrumpióse la tradición que vinculaba el trono de España en la familia de los Borbones, y se anunció por las Juntas federales del país el advenimiento y triunfo del programa democrático. Como fruto natural de esta tendencia, triunfante en realidad, formóse seguidamente la Constitución de 1869, y poco tiempo después un Príncipe de la Casa de Saboya, elegido por la mayoría de la Representación nacional, entraba solemnemente en la Península para recoger la gloriosa herencia de Isabel la Católica, de Felipe II y de Carlos III.

No es nuestro ánimo juzgar ahora los antecedentes, los efectos y el carácter político de esta revolución: ella es demasiado reciente para poder ser apreciada todavía con la serenidad y alteza de miras que exigen los grandes acontecimientos; además, ni somos hombres políticos, ni nos seduce la idea de tomar parte activa en esta tumultuosa y pertinaz contienda que gasta y absorbe miserablemente hace tantos años todas las fuerzas y la vitalidad y la energía de la madre patria.

Nuestro propósito es más ceñido y modesto: como hombres prácticos tomamos los sucesos y los accidentes de la vida política como son en sí, como realidad positiva que se impone á los amigos y á los adversarios, y, celosos ante todo del engrandecimiento y porvenir de España, rehuimos intencional y cuidadosamente la tarea de contribuir á encender las malas pasiones y á fomentar im-

prudentemente los enconos harlo vivos y sobreexcitados todavía.

Ello es, sin embargo, que en el terreno que voluntariamente hemos escogido nuestra posición se presenta franca y desembarazada.

¿Cuál es el estado económico de la nación española ante la monarquía de 1870? ¿Qué es lo que debe hacer el país para progresar y desenvolverse de una manera armónica con el espíritu y las tendencias de la Constitución política que libremente se ha dado? ¿Qué es lo que debe hacer la entidad Gobierno? ¿Cómo han de concurrir á la tarea las llamadas clases conservadoras? ¿Permite la índole del sistema constitucional que en esta obra civilizadora pueda hacer sentir su influencia personal el nuevo Rey de España D. Amadeo I de Saboya?

Hé aquí las importantes cuestiones que nos proponemos dilucidar, siquiera sea con el apresuramiento y la velocidad que no pueden ménos de revelarse en publicaciones tan cortas y modestas como la presente.

III.

Hace muchos años que la situación moral y social de nuestro país viene preocupando, y con razón, á los hombres reflexivos y pensadores. Al través de la profunda división que se nota en los partidos políticos, al través del distinto criterio con que se controvierten y juzgan sus cambios y evoluciones, hay una cosa en que concuerdan todas las fracciones sea cual fuere su mote ó su divisa: la sociedad ha sufrido una transformación récia y profunda desde los tiempos del antiguo régimen: ántes poseía una organización económica perfectamente enlazada con las influencias morales y políticas de la sociedad; hoy se halla fuera de su asiento tradicional y no ha adquirido todavía los elementos propios de la vida moderna. Verdad es que lucha y forcejea incasantemente por establecer y consolidar la libertad; pero esta última se le impone, más como un instinto y un sentimiento, que como una idea; mas como un impulso y una tendencia, que como una organización típica, encaadenada y completa. De aquí que se repita cada día y en todos los tonos aquello de que la nación se halla en un estado crítico y atra-

viesa un período de transición. ¡Cómo si en el libro de la historia se hallase otra cosa que períodos transitorios, hijos de causas anteriores eslabonadas y complejas por su naturaleza, y origen á su vez de nuevos movimientos y transformaciones sucesivas!

El fenómeno á que nos referimos se observa señaladamente en la esfera económica. Se han perdido los hábitos, se han borrado las usanzas antiguas y no han brotado aún las nuevas; cayó la antigua organización social más ó ménos ventajosa, pero completa, y no ha sido sustituida por otra. De la democracia, verdadera pasión y escollo de la Europa civilizada, tenemos sólo los elementos negativos: la destrucción del privilegio, la fuerza numérica triunfante, las corporaciones gremiales suprimidas, el arrasamiento de las desigualdades, el orgullo de la individualidad sobreexcitada, la desconfianza instintiva contra las atribuciones del Estado: sin embargo, no han surgido aún los elementos positivos de la democracia, la iniciativa particular, el predominio de la inteligencia, la educación colectiva, la virtud, los organismos robustos y potentes que nacen de la capacidad y la energía del hombre multiplicada y centuplicada por la ley de la asociación. Todo lo contrario: á medida que el ciudadano se ha ido emancipando del poder, se ha visto entre nosotros más mermado y enflaquecido el elemento moral: la audacia se entroniza é impone por momentos; las fuerzas *para el bien* apenas si se encuentran en ninguna parte. Y no es esto decir que la virtud, la Religión y la moral hayan abandonado de todo en todo el suelo español: ellas existen todavía embalsamando con su perfume el puro ambiente del hogar doméstico y palpitan dichosamente en el corazón de millares de familias; pero, por desgracia, están oscurecidas y eclipsadas por una influencia maléfica superior en las altas esferas políticas, administrativas y económicas. Así que, mientras todos los países se educan y desenvuelven, nosotros seguimos estacionados; mientras los demás se van al fondo de la cuestión social y relegan á un segundo término los problemas del orden político, nosotros perseveramos en nuestro sistema de reformar cada día la Ley fundamental y las orgánicas con un entusiasmo propio de la mocedad; mientras los demás obran, nosotros declamamos; mientras la homogeneidad y la solidaridad de los intereses crea vigorosos elementos de orden y resistencia en el seno de las democracias extranjeras, nosotros vivimos en incesante agitación y perpetua alarma, inseguros del día de mañana, amenazados por todas

partes y no sabiendo siquiera si continuará lo que hoy es ó tornará lo que ha sido. Vacilación, recelo, inseguridad, angustia; hé aquí el triste lote de la sociedad española.

Y como indicamos ántes, este mal gravísimo se observa señaladamente en la esfera de los intereses económicos.

Al hundirse, con desusado estruendo, los muros del antiguo régimen, cayeron sepultadas entre sus escombros multitud de instituciones que, establecidas sobre el tipo general sintético que representaba la sociedad antigua, constituían su modo de ser y armonizaban perfectamente su conjunto. El afán de los períodos revolucionarios no permite pensar en otra cosa que en demoler, y es natural; el ímpetu de las ideas novísimas no se detiene jamás ante consideraciones secundarias, y, al derribar desde sus fundamentos el viejo edificio, no repara en si caen á su lado accesorios que sería útil conservar y que prestarían excelentes servicios variada su estructura interna ó modificada al compás de las nuevas necesidades.

Así sucedió, por ejemplo, con la institución de los Gremios y Maestras. La ciencia económica había escrito en sus estandartes el sagrado lema de «La emancipación del trabajo», y, al destruir la organización gremial en lo que tenía de absorbente y de monopolizadora, no se pensó, como era debido, en salvar y conservar la unión de las clases y los oficios bajo el principio de la libertad. El impulso era entonces de mera destrucción y se trataba únicamente de desanudar y quebrantar los antiguos lazos, no atendiendo á que, si peligrosa por todo extremo era la absorción, también ofrecía inconvenientes, y no de poca monta, el individualismo en unas sociedades enervadas ó de poca cultura. En otros términos, el régimen antiguo desapareció con el reato y el séquito de los elementos armónicos que le prestaban vitalidad y robustez, y en cambio la nueva idea se impuso como una *mera negación*.

Demos, siquiera sea rápidamente, una mirada retrospectiva sobre los importantes resortes que constituían el mecanismo económico-social del sistema monárquico-absoluto.

Para la conservación y fomento de la propiedad rústica y urbana las Comunidades religiosas facilitaban capitales, con garantía hipotecaria, á un interés relacionado con el producto de la tierra y bajo condiciones de reembolso las más ventajosas; y el censal, desenvuelto bajo sus auspicios, llegó á ser la forma ordinaria con que los Institutos todos y hasta los particulares ponían sus capi-

tales á disposicion y alcance de la propiedad inmueble cuando necesitaba gravarse para el mejoramiento y desarrollo de las fortunas medias.

Para las pequeñas necesidades del labriego existian los Pósitos donde, recogién dose la flor de las cosechas y cambiándose cuando la renovacion de las mismas lo exigia, acudia el necesitado en busca del primer elemento para sacar partido de los terrenos que explotaba; y elevados en algunos puntos hasta el nivel de una institucion de crédito-agrícola, le suministraban, ademas de las semillas, los fondos convenientes para el laboreo de las tierras.

Para proteger y representar los intereses de las clases industriales y artesanas existian los Gremios y Maestrias que, aparte del inconveniente del monopolio, encerraban en su organismo elementos de positiva importancia y trascendencia, constituyendo Centros desde los cuales irradiaba con vivos fulgores la luz esplendorosa del trabajo; Centros que cuidaron con ahínco del sostenimiento de la industria y de identificarla con los intereses más afines; Centros que, creando relaciones intimas entre los individuos pertenecientes á una clase, contribuian de una manera directa á moralizarla; Centros que por espacio de cinco siglos vivieron una vida útil y considerada en la opinion y que en algunas localidades, como en la antigua ciudad de Barcelona segun lo demostró elocuentemente D. Antonio de Capmany, se libraron de los mismos vicios y defectos que en otras precipitaron su decadencia y su ruina.

Con el fin de estrechar los vínculos sociales y hacer más eficaz y extensa la accion de tales centros de los cuales partia la direccion, habia en todas las poblaciones de importancia multitud de Cofradías y Hermandades que, además de mantener fervoroso y vivo el espíritu religioso de la época, llenaban dignamente una mision social y hasta económica.

El auxilio y socorro reciproco de las clases poco acomodadas se alcanzaba por medio de los Monte-píos, los cuales, colocados bajo la égida y salvaguardia de la idea religiosa, tenian por objeto ayudar á los individuos en los dias de la privacion y la enfermedad.

Para verificar depósitos y hasta pequeños préstamos sobre prenda eran conocidos los establecimientos *numularios* que arrancan de muy remota fecha en algunas de las provincias de España.

Además, el sistema administrativo, si vicioso en su fondo, guardaba cierta armonía con la constitucion social: si la propiedad esta-

ba acumulada, la acumulacion misma servia de contrapeso al mal bajo otros conceptos, poniendo en manos de las municipalidades considerables bienes de propios y comunales de que se aprovechaban las clases inferiores, señaladamente en la poblacion rural; y hasta *la limosna*, en consonancia con los impulsos morales que presidian en la marcha de aquella sociedad, presentaba su organizacion propia y regular con las distribuciones alimenticias periódicas, que verificaban los conventos y las clases acomodadas.

Todo esto—no hay que ocultarlo—constituía un organismo más ó ménos sólido, pero encadenado y completo; y sin hacer coro con los pesimistas de hogaño, *laudatores temporis acti*, que quisieran volver á lo que ha sido, olvidando que no hay en la historia dos períodos enteramente iguales, bien se puede aseverar que las generaciones contemporáneas, embriagadas por su transitoria prosperidad y aturridas por el gárrulo clamoreo que se levanta en torno suyo cada vez que surge algun adelantamiento plausible en la esfera de la mecánica, no hacen la justicia debida á nuestros progenitores que, con menores medios materiales y poseyendo en conjunto un caudal de luces más exiguo, acertaron á combinar, á unir y entrelazar sus intereses de una manera sumamente hábil y por demás armónica.

Como quiera que sea, llegó un dia en que, al impulso de los huracanes revolucionarios, precedidos por un siglo de discusion y de propaganda, cayeron los antiguos baluartes de la sociedad: las ideas liberales, proclamadas solemnemente por la Francia de 1789, se difundieron con una celeridad verdaderamente eléctrica, y en pocos lustros desaparecieron casi de la sobre haz de Europa los gremios, las comunidades religiosas, la amortizacion en sus diversos ramos y aplicaciones, y hasta las formas administrativas rudimentarias que les servian de apéndice y complemento.

Ahora bien; quebrada la cadena de la tradicion, ¿cómo habian de llenarse las múltiples necesidades materiales de la sociedad? ¿Qué es lo que han hecho los estados modernos, las naciones dotadas de verdadero instinto económico para sustituir y reemplazar aquello que destruian?

IV.

Decíamos hace poco que el antiguo régimen presentaba las líneas y contornos de un sistema económico, y que la síntesis de aquel organismo se encerraba en dos ideas fundamentales: *Reglamentación del trabajo subordinándolo á una acción directiva; auxilio eficaz á todas las necesidades por medio de instituciones enlazadas con el poder.*

Pues bien; la civilización moderna al proclamar la emancipación del hombre y al reivindicar los fueros de su personalidad, ha contrapuesto un nuevo sistema al antiguo sistema y una nueva síntesis á la síntesis anterior: sus ejes fundamentales lo constituyen dos ideas en el orden material: asociación y crédito. No basta, nó, con haber quebrantado las ligaduras que ahorraban al hombre en la diversidad de sus relaciones económicas: esto sería una *pura negación* si no existiesen lazos y principios de interés común que fuesen el vínculo de las nuevas generaciones. Y como el mundo rechaza naturalmente el vacío, á una afirmación sustituyó luego otra afirmación, á un sistema otro sistema.

Es de notar, sin embargo, que el cambio no se efectuó en un día. El nuevo organismo requería indispensablemente condiciones de potencia y energía moral en los pueblos que no todos disfrutaban: iniciativa, perseverancia, ilustración nada común, individualidades poderosas y descollantes; vivo deseo de progresar, eficacia en los propósitos, opinión pública. Mientras faltaron estos elementos, las sociedades vivían una vida lánguida y por todo extremo precaria: azotadas por el látigo del individualismo, atravesaron días de prueba y momentos de conflicto: á cada contrariedad exhalaban quejidos lastimeros y se sentían desfallecidas é inertes. Por esto se ha dicho, gráficamente, y con mucha verdad, que el camino recorrido por la industria en el primer tercio de este siglo está sembrado de víctimas. Otra cosa hubiera sucedido, como advirtió profundamente el economista francés Le Play (1), si el cambio fuera hijo de la reforma pacífica y no de la revolución violenta; porque entonces, con-

(1) La reforma social en Francia y La Organización del trabajo.

firmándose una vez más lo de que el mundo moral rechaza el vacío, las viejas instituciones desaparecieron precisamente bajo el impulso de otras no menos adecuadas y positivas que gradualmente las fueran desalojando.

De todas maneras era necesario colmar el vacío que dejó la caída del antiguo régimen, y, con mayores ó menores esfuerzos, la necesidad moral se ha cumplido.

V.

Examinando á grandes rasgos lo que ha sucedido en Alemania, Bélgica, Francia, Suiza, Inglaterra, y la misma república norteamericana, se observa que el ideal de la ciencia económica no se ha realizado en breve tiempo, sino que, al compás de los elementos sociales, han ido brotando y triunfando sus principios, de tal manera que el desarrollo de la personalidad y la menor iniciativa del Estado han marchado, por decirlo así, en justa proporción y paralelismo.

Dotados los mencionados pueblos de un alto *sentido práctico* y comprendiendo las ventajas relativas en que les colocaba la caída de la antigua organización, han procurado emplear todos los esfuerzos necesarios para salir de su lastimosa interinidad y robustecer el nuevo principio sobre el cual debían hacer durable y firme asiento. Explotación gradual é inteligente de los gérmenes y peculiares elementos de riqueza de cada país, desarrollo de comunicaciones y afluencias así terrestres como hidráulicas, protección á las diversas clases sociales, reformas legislativas adecuadas para consolidar el crédito, tarifas arancelarias más ó menos restrictivas según los capitales existentes y el estado de la educación económica; hé aquí, en pocas palabras, los resortes puestos en juego por la Administración pública para realizar el ideal de la ciencia moderna.

Pero al lado de la acción del Poder público se ha desplegado otra más energética y eficaz todavía: bien se comprende que aludimos al espíritu corporativo, á los esfuerzos individuales mancomunados, á la asociación voluntaria.

La ausencia de las corporaciones gremiales no ha señalado en tales países el triunfo del individualismo que, dominando por sí

sólo, hubiera sido mucho más fatal que el sistema á que reemplazaba. Por el contrario: el siglo que alcanzamos es por excelencia el de la asociación, pero asociación voluntaria, espontánea, inspirada por el sentimiento de las grandes necesidades sociales. Y á esta nueva palanca de la vida colectiva, á este nuevo impulso de la civilización, puede decirse, en verdad, que es debida principalmente la transformación del mundo moderno. Los hombres ligeros é irresflexivos procuran cercenar y menoscabar su importancia en la esfera moral y todo lo más la encarecen y ponderan por los bienes que produce con relación á la vida material; otros, sin embargo, nada sospechosos como Agustín Cochín, el obispo de Orleans y el P. Gratry, adivinan y traducen toda la potencia moral que se contiene y oculta detrás de los colosales organismos de la asociación y del crédito, planteados y generalizados en la sociedad moderna.

Si la tarea no fuese ocasionada á desviarnos grandemente de nuestro primitivo propósito, con mucha satisfacción haríamos alto en este punto, procurando demostrar la poca cordura que revelan los que se complacen en separar el progreso moral del material; pero, á decir verdad, ni siquiera lo creemos necesario en las circunstancias presentes. Ante la autoridad de los hechos, ante la experiencia que patentiza como la asociación y el crédito solo se desenvuelven en pueblos varoniles, son inútiles las argucias y los paralogismos. Y, sin grandes esfuerzos, se comprende también la razón de este fenómeno. Así como es del todo imposible señalarle vallas al excepticismo cuando penetra en el espíritu humano, raya también en lo imposible que el despertamiento de la actividad, invadiendo el dominio de lo material, no influya sobre lo moral. Pero ¿qué decimos? El primer elemento, ó sea, la actividad material revela indispensablemente la presencia de elementos morales poderosísimos, sin los cuales no acertara á realizarse y desenvolverse. O en otros términos, el mismo progreso material, si tiene sentido, es porque se manifiesta en los pueblos como la explosión de una tendencia moral incontrastable. Diganlo, la misma asociación y el crédito de que nos venimos ocupando. El espectáculo inmenso de armonía y cohesión moral que representa el crédito, la personalidad y energía de propósitos que supone el sentimiento de asociación diversificado y ramificado al infinito, son mil veces más hermosos y admirables á los ojos de la reflexión que los resultados materiales que producen y que contemplan atónitas las generacio-

nes contemporáneas; mucho más que esos pueblos que se levantan como por ensalmo en las soledades de América ó esos grandes centros del comercio que, como Nueva-York, pasan en ménos de ochenta años de 60,000 almas á un millón de pobladores; más que el invento de Fulton ó el de Stephenson; más que el palacio de cristal de Paxton y los mismos tesoros y magnificencias en él encerrados; más que el telégrafo eléctrico; más que el asombroso canal de Erié entre el lago de este nombre y el río Hudson; más que la apertura del Monte-Cénis al través de los Alpes gigantescos y de las masas inmensas de granito.

A medida que en los pueblos se levanta el nivel de la educación, se siente más viva é imperiosa la necesidad de asociarse y de mancomunar las fuerzas, los trabajos y los capitales. La convicción de que cada uno pueda bastarse á sí mismo, es propia solamente de las naciones incultas ó atrasadas.

En la Europa civilizada—y harto lo saben las personas conocedoras de la historia económica contemporánea,—á cada necesidad pública y general responde inmediatamente el planteamiento de gran número de asociaciones que, bajo la base del esfuerzo individual, realiza lo que vanamente se le pediría hoy al Estado. Carreteras, canales, ferro-carriles, telegrafía eléctrica, exposiciones universales; todo nace y se desarrolla por el impulso bienhechor y constante de la asociación. Y no es esto sólo: si las clases y los oficios languidecen oscuramente en el estado de aislamiento, brota luego de una manera espontánea la unión mercantil é industrial, como ha sucedido en Francia; si el desarrollo del comercio marítimo hace necesarios los diques y los depósitos de mercancías, surgen al momento las empresas de los *docks*, como pasó en Inglaterra; si la situación del obrero hace indispensable que, por medios indirectos, logre alcanzar un suplemento de salario, nace la idea de la *cooperación*, y se anuncia un Schulze-Delitzsch que sepa desenvolverla en su aplicación más difícil, la del crédito, como se ha observado en Prusia; si las necesidades del comercio belga demandan instituciones auxiliares que lo resguarden y fomenten, nacerá un rey Leopoldo I que las ponga bajo su tutelar apoyo; si es conveniente mejorar el régimen alimenticio, ó las habitaciones de la familia proletaria, brotarán los Taulier, los Dollfus, los Emilio Muller y tantas otras celebridades legítimas de la nación francesa; si conviene la asociación entre los artistas, no faltará un baron Taylor

que tremole el estandarte salvador y siembre con mano pródiga la semilla del buen ejemplo. En una palabra, así en el antiguo como en el nuevo hemisferio, la asociación es hoy el talisman, la varita mágica que, no sólo realiza las empresas más gigantescas perforando las montañas, registrando los abismos y salvando las distancias que ántes parecían inconmensurables, sino que mejora lentamente la condición de todas las clases, suaviza los grandes padecimientos, atenúa considerablemente las privaciones y la penuria, y fortalece á los débiles haciéndoles poderosos por el medio de la union y la solidaridad.

Verdad es que los nuevos adelantamientos no aparecen en un instante como salió la mitológica Minerva armada de la cabeza de Júpiter; verdad es que la misma asociación, ensayada en naciones poco adelantadas, provoca pérdidas lastimosas y catástrofes sin cuento; pero, así y todo, sigue su marcha triunfante y majestuosa el nuevo principio, de tal manera que, bien así como la lanza de Aquiles tenía la virtud prodigiosa de curar las heridas que causaba, á la misma ley de la asociación acuden hoy los pueblos cultos para curar los males y restañar las heridas que la asociación ha producido. Diganlo, —entre otros muchos datos que podríamos citar á este propósito— el ejemplo de Bélgica fundando la Union del crédito en 1848, y el de Francia desarrollando las sociedades de Descuento bajo la iniciativa del Ministro Leon Faucher despues del 24 de Febrero.

Hay mas: de tal modo crece y se arraiga y fortalece la convicción de que sólo asociándose los esfuerzos puede el hombre dejar rastro de sí en la sociedad presente, que la asociación es el medio universalmente reconocido y adoptado para *el mal* así como para el bien. Y en verdad que sobre este particular no se engaña el instinto de nuestros contemporáneos.

Desde que los hombres inundan la sobrehaz de la tierra hay quien, ofuscado por los vértigos del orgullo, se complace en negar á su Dios ó insultarle y escarnecerle; pero, ¿cuándo ha sido más temible el ateísmo que en nuestra época en que funda periódicos, celebra Congresos y esparce su ponzoñosa doctrina de una manera sistemática y organizada desde un polo al otro polo de la tierra?

Mal antiquísimo es también la prevención, el odio, la enemiga de los pobres contra los ricos; pero, ¿cuando ha sido mas grave y pavoroso que en nuestro siglo que auna y concierta públicamente

los esfuerzos y organiza á los trabajadores bajo la enseña de *La Internacional* ú otras parecidas, y celebra Asambleas periódicas como las de Ginebra, Lóndres y Basilea?

Tan antiguo como Erostrato ó Neron es el infame capricho de ver entregadas á las devoradoras llamas del incendio las joyas preciadas y los monumentos memorables y típicos del arte; pero, ¿hubieran sido posibles los recientes vandálicos horrores de la *Commune* de París, si el mal no hubiese tenido en nuestra época una organización tan formidable como activa y dilatada?

Es de una claridad y evidencia tal lo que decimos, que consideramos inútil hacer hincapié en esta proposición. Así el mal como el bien crecen y pelean en nuestro siglo merced á la ley indeclinable de la asociación, y volver la espalda á este principio salvador es renunciar á ver victoriosas y triunfantes las ideas que cada uno profesa, los intereses que representa y posee en sociedad, y el tesoro inestimable de los sentimientos y las tradiciones que la Providencia puso bajo su custodia.

VI.

Las consideraciones que sumariamente acabamos de exponer nos conducen, como por la mano, á fijar nuestra atención en el estado económico y social de España, objeto del presente opúsculo. Conocida la necesidad indeclinable de esta época, y examinados los principales elementos económicos de los pueblos que hoy marchan al frente de la civilización, sin esfuerzo se comprende el porqué de la decadencia relativa en que hoy vivimos.

Desde que triunfó la idea liberal en España, puede asegurarse que la preocupación general es la política: espérase todo del poder público, y mientras, por un lado, abundan los programas de gobierno fundados en la distinta organización de aquel, por otro, nadie se fija en el estado positivo y real del país, y mucho menos en enseñar con la autoridad preciosa del ejemplo como se realiza la grande obra del progreso en las sociedades libres. Duele decirlo, pero es la verdad: únicamente las clases inferiores, sino por una tendencia generosa y espontánea, obedeciendo al impulso que les comunican los que hacen de su situación actual el lema de una

bandera reformista, despiertan de su estupor y dan pruebas de comprender en toda su extension el alcance de las mejoras sociales. Las demás, ó por indiferencia, ó por un pesimismo mujeril peor todavía que la misma indiferencia, dejan rodar y sucederse los acontecimientos y los conflictos sin sospechar siquiera que alguna parte de acción debe estarles encomendada á los que tienen algo que conservar en el presente orden de cosas.

Mal es este gravísimo á todas luces y que podría traerle á la patria desastrosas consecuencias si, á su debido tiempo, no supiésemos atajarlo.

Por nuestra parte, no queremos contraer la responsabilidad de aquel cobarde personaje de Lucrecio mirando indiferentes y desde la orilla las borrascas del mar tempestuoso. Lo que acontece al rededor nuestro nos interesa y ocupa harto vivamente para desdeñarlo, y, en la corta medida de nuestros alcances, vamos á exponer algunas reflexiones sobre el estado económico de España y los medios de realzarlo.

Nacionales y extranjeros reconocen desde antiquísima fecha que España posee los elementos más fecundos de riqueza y bienestar. La Providencia le ha dispensado con largueza todo linaje de beneficios; encierra en sus entrañas los minerales más preciosos: su cielo puro y diáfano la convida á un inmenso desarrollo agrícola: la sobriedad de sus naturales y su amor al trabajo la predisponen para la industria, y surcan su suelo caudalosos ríos. No faltan en ella grandes talentos, ni aspiraciones levantadas y generosas: el nivel de la ilustración común sube por momentos, y sus moradores no han perdido todavía aquel sello de grandeza é hidalgua que tanto les enaltecía en períodos históricos anteriores.

Y, sin embargo, ello es cierto que en los tiempos que alcanza mos España no brilla, ni con mucho, entre los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización. Por reverso, luchando para entrar en el concierto de las sociedades libres, gusta miserablemente su actividad y su potencia en discordias interiores: anhelosa de mejorar sus intereses materiales y morales, todo lo resuelve por cambios y evoluciones políticas que casi nunca corresponden, en sus resultados, al propósito que los dirigió: ardiendo en el deseo de señalarse por su cultura, toma de los demás pueblos de Europa los accidentes de un sistema político externo sin fijarse siquiera en lo íntimo y fundamental de su constitución, en los elementos morales

internos sobre que reposa su prosperidad. Las clases sociales viven entre nosotros completamente desequilibradas; así que mientras el pueblo, bajo el nombre de *cuarto estado*, se presenta atrevido é invasor, las clases pudientes permanecen atargadas y sumergidas en un marasmo incomprensible. Contemplando como el mal crece y amenaza la misma existencia de la sociedad, nada practican por su parte para conjurar el peligro: la osadía y la mala fe se abren paso por donde quiera, y, embargada su mente por el recuerdo de la preponderancia perdida, no se les ocurre siquiera contraponer la alianza y la cruzada del bien á la del mal; ni sostener al hombre honrado que lucha y relucha con la sociedad fálto de estímulos exteriores y que, si así continúan las cosas, puede muy bien acabar por renegar del trabajo y de la modestia y de las virtudes.

No es así, en verdad, como han procedido y proceden las sociedades extranjeras cuya imitación en tantas otras cosas nos proponemos. En ellas la cuestión social es la primera y, sorteándola convenientemente, es como ha logrado encauzarse la dificultad política. ¿De qué hubiera servido, por ejemplo, tronar incesantemente contra la inmoralidad administrativa si el poder público no contara para perseguirla y atajarla con el apoyo de la opinión pública? ¿De qué sirviera declamar contra las agitaciones y las revueltas si el Gobierno fuese siempre débil y estuviese en el caso de pedirles á las facciones y á las banderías la autoridad que el país habitualmente le negara? ¿De qué serviría condenar en plañideras frases el abuso de la empleomanía si, al fin y al cabo, la inteligencia y la capacidad no tuvieran otra salida que *los destinos* de la administración pública? ¿De qué serviría quejarse del creciente predominio de las malas pasiones si, por todo premio, le estuviese reservado á la honradez el lote de la miseria y de las privaciones?—Sea cual fuere la importancia de tener asentada la honradez sobre la base firmísima de la conciencia y resguardada por el sentimiento religioso, no hay pueblo culto y previsor que se atreva á esperar todo de un sólo impulso moral. Ya que el corazón humano obedece á tan distintos móviles, es necesario contar con *todos ellos* y utilizarlos oportuna y diestramente para la empresa *del bien*: poner al individuo en lucha constante con sus intereses particulares, parécenos, por más que se diga, altamente peligroso y ocasionado á decepciones. Con más alto sentido escribía un ilustre sacerdote, perspicuo conocedor de la naturaleza humana, que en la época presente es necesario

ahogar el mal con la abundancia del bien. Ahogar el mal, es decir, despojarle de sus alicientes y sus poderosos resortes; generalizar el bien, ó, lo que es igual, dar cohesión á los elementos morales resolviéndose en una suprema armonía el desarrollo individual y colectivo. De la misma manera el sábio pensador á que nos referimos cuando definió la idea de la *Civilización* no empleó jamás el puro lenguaje del ascetismo condenando la cultura y haciendo triunfar el alma á expensas del cuerpo, sino que formuló una idea elevada perfectamente armónica con la naturaleza humana en la variedad y la complejidad de sus móviles y sus tendencias legítimas.

En resúmen; lo que sucede en nuestra malhadada patria es perfectamente lógico y debió calcularse á tiempo por las personas previsoras. Las causas principales de nuestro malestar no son otras que la falta absoluta de estímulos para el bien: la falta de ruedas y organismos que impulsen el desarrollo concertado de las fuerzas vivas de la nación, la actividad, el trabajo, la inteligencia, la moralidad; en una palabra, todos los intereses morales y materiales del país, sin cuyos resortes serán siempre ineficaces cuantos esfuerzos hagan el Gobierno y los particulares, sean cuales fueren las instituciones políticas por que se rija la nación.

Y esto que era una necesidad imperiosa desde la caída del antiguo régimen, lo es más todavía desde 1868 en que se inauguró un sistema esencialmente democrático. El gobierno de todos presupone la iniciativa, la inteligencia, el concurso, la personalidad de todos. Por donde decia, y con gran fondo de verdad, un economista, Mr. A. Dagneaux, en su obra sobre «El Crédito libre para el trabajo libre (1),» que «hoy vivimos, de grado ó por fuerza, en una sociedad abiertamente democrática, en que el trabajo es la ley y el derecho común, y en la que el capital y el crédito son los habituales dispensadores de este trabajo;» cuyas exactísimas y bien meditadas palabras confirmó también el célebre Príncipe polaco Adam Wiszniewski en varios pasajes de su conocida y clásica obra intitulada: «Historia del Banco de San Jorge de Génova» (2).

En todos los pueblos de la moderna Europa se presenta con pauroso carácter el desarrollo del pauperismo. España no se ha librado tampoco de este oneroso tributo como lo prueban nuestras

(1) Obra publicada en 1834.

(2) 1865.

importantes poblaciones industriales, y la manera especialísima como ha llevado á cabo la emancipación del suelo por medio de las leyes desamortizadoras, es probable que en un período no lejano produzca graves conflictos que ya se vislumbran en determinados puntos de su territorio.

La desamortización, verificada por nuestros reformistas con miras señaladamente económicas, está dando un resultado anti-económico por la manera imprevista y fatal como se realizó. Era indudable que convenia contraponer los muchos á los pocos propietarios, y que el cultivo prospera más á la sombra de la libertad que de la vinculación; pero no debió olvidarse que la desamortización, en la latitud con que se proyectaba, trascendería mas allá de los propietarios mismos afectando el interés de un tercero, el del pobre con relación á los bienes de beneficencia y el de la masa de la población rural que se aprovechaba de los productos amortizados.

Con gran dosis de talento y prevision anunció este mal el esclarificado repúblico D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y, anteviendo que un día la revolución consumaría el cambio de una manera violenta, proponia que se desamortizara bajo un plan benéfico entregando la tierra á los pobres en lotes ó pequeñas suertes y á censo oneroso; consejo importantísimo que, de ser escuchado oportunamente, evitara á las municipalidades de España el aflictivo estado en que hoy se encuentran.

Quizás sea ya tarde para corregir este mal á pesar de la energía con que lo señalan algunos distinguidos publicistas de la escuela conservadora; pero de todos modos merece ser tenida muy particularmente en cuenta la circunstancia á que nos referimos tratando de caracterizar, siquiera sea en breves páginas, el estado económico de la sociedad española.

VII.

Conocidas las principales causas de nuestro malestar, veamos cuál podría ser el remedio dadas las condiciones de la presente situación política.

Que el mal es complejo, no hay para qué negarlo; de aquí que también el remedio deba ser complejo.

Ante todo preciso es reconocer que la accion más poderosa corresponde al elemento moral. El sacerdote, el maestro de escuela y la madre de familias están llamados á una mision suprema educando el sentimiento de libertad y sembrando y desarrollando en el corazon de los jóvenes el gérmen precioso de la virtud: sin ella todos los esfuerzos y los sacrificios serán estériles; sin el altemural de la conciencia religiosa vanamente buscará la democracia moderna apoyo firme y seguro.

Pero, al lado de la educacion individual, deben existir los elementos colectivos que la amparan y fomentan, especial objeto de este escrito. Y su importancia es tanta que, faltando ellos, se malogran y esterilizan los mismos elementos morales existentes como sucede en nuestra sociedad. Por esto nos hemos propuesto estudiar particularmente esta última faz del problema, dejando aparte por ahora, la cuestion de los intereses morales que tiene aún en nuestra pobre patria: quién la cultiva y propaga con amor y exquisita perseverancia.

En la regeneracion económico-social de que está necesitado el país, una parte importante corresponde al Estado. Vanamente se le aconsejará que abdique de toda iniciativa mientras no sea mayor la de los individuos y la de los pueblos. Sobre los preceptos y las enseñanzas, harto individualistas, de la ciencia económica, está el *sentido social* que recomienda encarecidamente que de algun modo se verifique y lleve á cabo lo que la sociedad necesita, sin perjuicio de que paulatinamente se vaya circunscribiendo y limitando la accion del Estado á medida y proporcion que se desarrolle la personalidad y la energía de los particulares. Legítimo es, por lo tanto, que el Gobierno, haciendo caso omiso de las generalidades y abstracciones puramente teóricas, siga dispensando á los intereses agrícolas, industriales y comerciales un grado de proteccion eficaz y suficiente que les permita desenvolverse, y tanto más en cuanto la que se ha llamado *Proteccion*, no es una gracia sino un estado de derecho, y en el fondo traduce y representa un sistema de justas compensaciones y resarcimientos por las diferencias y ventajas que establecen á favor de los extráñjeros la mayor educacion relativa, la mayor firmeza y estabilidad políticas y la abundancia de los capitales que desdichadamente escasean entre nosotros.

Consecuencia de esta regla de criterio es que tampoco haya llegado el caso de abandonar por completo á la actividad particular el

sistema de las obras públicas: lejos de esto se necesita un supremo esfuerzo sobre este punto, y, entre otras cosas, conviene pensar seriamente en la cuestion de las cuencas carboníferas que existen sin explotar en España. Cataluña, por ejemplo, teniendo ricas y copiosas minas de carbon de piedra en San Juan de las Abadesas, Berga, Ager y otros puntos, sigue prestando al extráñjero un tributo anual innecesario de más de 2 millones de duros por dicho combustible. Da grima pensar en que aquí donde todo programa y toda aspiracion, por insignificante que sea, tiene sus campeones y sus heraldos y su público y sus periódicos, apénas se encuentra entre los hombres del Parlamento y de la prensa quién sepa dar la debida importancia á gravámenes tan onerosos como el que nos ocupa.

Aparte de la cuestion del combustible, tan trascendental y que hará olla sola la gloria de cualquier Gobierno que logre emanciparnos de este tributo que satisfacemos, sin necesidad, desde que hay industria en España, es necesario que los hombres políticos se fijen algun tanto en el estado económico de las diferentes clases sociales. Porque la verdad es que las condiciones á que viven sujetas son en general lamentables.

Los agricultores, combatidos por tantos elementos adversos, luchando alternativamente con las sequias y las lluvias torrenciales y faltos de medios comúnmente para dar una direccion acertada al cultivo, son explotados por implacables usureros que les llevan por sus anticipos un interés de 20 por % ó más, de cosecha á cosecha. La propiedad, incesantemente combatida por la falta de seguridad y careciendo de afluencias que le den estima é importancia, gime bajo la pesadumbre de condiciones semejantes, y en la mayor parte de las provincias de España los propietarios encuentran sólo préstamos al 12 y 15 por %: Finalmente, también la industria, amenazada sin cesar por el espíritu de escuela, lucha y forcejea con las dificultades del descuento, y hasta en Barcelona, la primera plaza española del Mediterráneo, los industriales y artesanos, al ménos con mucha frecuencia, pagan intereses onerosísimos para salvar sus atenciones y apuros del momento.

Con este hecho que venimos señalando se enlaza de una manera muy directa el triste estado del Crédito público entre nosotros. Mientras la cuestion de Hacienda no logre dominarse por completo; mientras la nivelacion efectiva de los presupuestos no restituya su

nivel á la deuda del Estado y permita que el interés de los valores públicos esté en armonía con el de los demás elementos económicos, ¿cómo pueden prosperar la riqueza inmueble, la industria y el comercio? ¿Cómo hallar capitales á un interés modesto si el Estado los toma habitualmente y con buenas garantías al tipo de 10, 15 y 20 por %?

Alléguese á esto que el sistema de la mutualidad es casi desconocido; que ni los propietarios, ni los agricultores, ni los comerciantes se han unido oportunamente para realizar, por medio de la solidaridad, lo que hace años es un hecho en el extranjero, y podrá comprenderse con exactitud el estado lastimoso de nuestra producción.

Si algun día estamos llamados á alcanzar un desenvolvimiento económico positivo, téngase por seguro que será bajo elementos distintos, casi diremos contrarios á los que ahora existen. Entónces los hombres públicos no mirarán con prevención y desvío, como hacen hoy, el desarrollo de las industrias nacionales atajádoles el vuelo con proyectos de ley nunca interrumpidos y que, cuando menos, las sujetan á una lastimosa inestabilidad, sino que seguirán sus pasos y graduales crecimientos con amor y avidez procurando crearles garantías y resguardarlas con su brazo contra inopinadas reformas; se procurará explotar armónicamente los elementos naturales que atesora el país desarrollando las comunicaciones y las pequeñas afluencias, y se facilitarán el préstamo y el descuento allanando las dificultades y entorpecimientos que dan por resultado la elevación del interés. Al mismo tiempo las clases todas buscarán en la ley de la asociación el modo de fortalecerse contra la concurrencia, y si el individuo, por la exigüidad de su fortuna, no tiene medio de hacer entrar su papel en las carteras de los Bancos, obtendrá este plausible resultado á favor de la Union del crédito creando la garantía de la solidaridad como sucede en Bélgica. Y tampoco vivirán disgregados y aislados los individuos pertenecientes á cada profesion ú oficio; sino que establecerán, á manera de las Juntas sindicales y de la union nacional de Francia, centros especiales donde estén representados los intereses colectivos de cada ramo ó profesion, que les presten servicios tan directos como el de informarles sobre la solvabilidad de sus respectivos clientes, arbitraje en las discordias, datos sobre la industria que cada uno ejerce y publicidad de sus artículos en venta. No por esto, sin em-

bargo, la sociedad volverá á prohibir las añejas formas económicas que una vez abandonó; no renacerán los gremios y maestrias con su carácter anti-económico y monopolizador; pero la asociación voluntaria de los interesados suplirá perfectamente á las viejas corporaciones gremiales sin ninguna de sus desventajas.

Si el comercio marítimo medra y sedesarrolla al compás de lo que exigen nuestros centenares de leguas de costa sobre el Mediterráneo y el Océano y España quiere corresponder dignamente á lo que en esta parte le imponen sus nobilísimas tradiciones de Levante y América, se organizarán *Docks* en los principales puertos peninsulares y por medio del *warrant*, como acontece en Inglaterra y en los principales puertos del extranjero, se harán infinitas transacciones sobre las mercancías depositadas sin necesidad de removerlas ni transportarlas. Y si el comercio crece, como es de esperar, brotarán instituciones de liquidación como la *Clearing-house* de Lóndres que, por medio de *chèques* ó talones, salden las operaciones del día de una manera facilísima y casi sin echar mano del numerario. Y la industria adoptará también procedimientos análogos poniendo en circulación *Cédulas de mercaderías* que fomenten las transacciones y ahorren en ellas el empleo de la moneda haciendo más difíciles de cada día las crisis que ocasiona la escasez del metálico.

¡Ah! Este cuadro de reformas y mejoras, que para el español más optimista y congado no pasa de ser hoy una halagüeña ilusión de lo futuro, constituye á la hora presente la vida económica real y positiva de las sociedades modernas. Sólo en España campea el individualismo, pero el individualismo en lo que tiene de más enervante y peligroso.

Las críticas circunstancias por que han pasado entre nosotros desde 1860 las compañías mercantiles y las empresas concesionarias de obras públicas, han levantado una atmósfera de descrédito en torno del principio de asociación, que ha hecho difícil por mucho tiempo el planteamiento de todas las mejoras que España necesita imperiosamente al par de las demás sociedades europeas. Viviendo sin ellas, arrastrará siempre una existencia precaria y podrá decirse con verdad que se halla en un período de transición, porque habiendo arrumbado las prácticas y usanzas del antiguo régimen apenas si ha logrado siquiera iniciarse en los misterios de la vida moderna.

Y lo que acontece actualmente en España tampoco es una nove-

dad en los pueblos de raza latina. En Francia y en Italia, por efecto de haber alcanzado la especulación un verdadero paroxismo, se originó despues una desconfianza tal contra las operaciones de crédito que por mucho tiempo quedaron interrumpidas. Podríamos citar importantes fragmentos de la obra del Príncipe Wiszniewski sobre el Banco de San Jorge y de otros escritores respetables tematizando el desvío hacia la asociación y el crédito por efecto de los desmanes y los abusos á que pueden dar lugar. Porque la verdad es que de todo abusan los hombres en la tierra; y si el argumento prevaleciese, hasta las cosas más santas serían miradas con prevención. Siempre ha habido, y habrá probablemente, la especulación digna y honrada al lado de « los caballeros del agiotaje » como decía Dupin; el Banco de San Jorge de Génova y los de Escocia al lado de las compañías de San Cristóbal y de las Indias orientales, de los Créditos moviliarios y las cajas sepulladoras de inmensas fortunas; los Law y los Hudson al lado de los Schulze-Delitzsch, los Taulier, los Taylor, los Muller y los Duepectinux.

Y el ejemplo de los primeros no debe ser obstáculo á los segundos, porque lo que un pueblo realiza en un periodo de comunicaciones fáciles y frecuentes como el actual, puede realizarlo otro de la misma época con buena voluntad y perseverancia.

El gran Maquiavelo, en la introducción del primer libro de su Discurso sobre Tito Livio, se quejaba de que los que leen la historia antigua encuentran un gran placer en la variedad de los sucesos que ella registra sin pensar jamás en imitarlos considerando la imitación imposible, como si el cielo, el sol, los elementos y los hombres, decía, hubiesen cambiado en su movimiento y su orden con relación á lo que eran antiguamente.

Otro tanto sucede en nuestra España con respecto á la asociación y al crédito, tan arraigados en la Europa moderna. No hay español medianamente ilustrado que ignore las maravillas de que son causa eficiente en el extranjero y, sin embargo, nadie tiene la iniciativa necesaria para emular tales prodigios. Admiramos y cantamos, pero no imitamos. ¿Será que nos creemos inferiores? ¿Será que nuestra raza se juzga degenerada ya y renuncia á tomar parte en el concierto de la actividad moderna?—¡Ah! No se olvide que España, con sus elementos propios de raza y de clima, con su idiosincrasia tradicional, con su espíritu bullicioso y levantisco, con su imaginación inagotable, ha sido un gran pueblo y que ha osculpido

páginas de oro en los anales gloriosísimos de la civilización cristiana: sin dificultad, pues, sostendrá su magnífico abolengo si tiene carácter y temple á la altura de sus propósitos porque, como ha dicho un escritor ilustre, Alejo de Tocqueville, el mundo pertenece á la energía así en los nuevos como en los antiguos tiempos.

Y en esta empresa brillante y salvadora que nosotros recomendamos, no sólo tiene que hacer el Estado y las clases todas de la sociedad, sino que le corresponde una parte no insignificante al joven Monarca que cñe la corona de España desde 1870.

VIII.

Hay en nuestro país gran número de personas que, llamándose fervientes partidarias del sistema representativo y defensoras incansables de su espíritu y carácter, pretenden que á su sombra nada puede hacer el Monarca sin rebasar la valla de sus legítimas atribuciones. Como quiera que un Rey constitucional tiene siempre por divisa la célebre fórmula de *reinar y no gobernar*, creen que, bajo los sistemas mixtos predominantes en Europa, el Príncipe debe ser extraño al movimiento económico para sacar incólumes los caracteres de irresponsable é inviolable que le asegura la ley fundamental del Estado. Para ellas la iniciativa en las empresas y asociaciones es atributo propio de la tiranía ó del cesarismo, no del monarca en los sistemas representativos. Propio del cesarismo es, por ejemplo, el vigoroso impulso que daba Napoleón III al ensanche de las grandes poblaciones y á las ciudades-obreras; propio únicamente del cesarismo el desarrollo que imprimía á los Institutos de previsión y sociedades de socorros mútuos entre los trabajadores bajo el gobierno del ministro Persigny.

Los que tal dicen, sin embargo, echan en olvido el ejemplo reciente de Inglaterra y Bélgica, países de verdadera enseñanza en achaques de libertad y de gobierno representativo.

En verdad que si la familia Real de Inglaterra había alcanzado tanta popularidad y prestigio durante la vida del malogrado Príncipe Alberto, no era, nó, por el camino de la indiferencia y el egoísmo y permaneciendo extraña á los intereses morales y materiales del país. Por el contrario, su sistema era el de vivir perfectamente identificada con las necesidades sociales y siguiendo con amorosa

solicitud los latidos de la opinion: su nombre benéfico se leía al frente de toda institucion digna de loa; lloraba como suyas propias las contrariedades y sinsabores del pueblo inglés y, á favor de este procedimiento, es como supo el egregio principe conquistarse inmarcesible lauro y fama imperecedera.

Más significativa, y adecuada á nuestro caso, es todavía la conducta del inolvidable Rey Leopoldo I de Bélgica, de esta nacion, si inferior á otras muchas en territorio, rica como ninguna en altos ejemplos y virtudes cívicas.

Recordamos haber leído (1) que la Union del crédito, fundada en Bélgica despues de estallar la segunda revolucion francesa, lo fué bajo el patronato directo del Rey. Llegó un día en que los pequeños industriales belgas sintieron una necesidad positiva y de grande importancia en su existencia mercantil: el Banco nacional de Bruselas se negaba á descontarles sus pagarés por no tratarse de firmas abonadas y seguras: en tal situacion era necesario hacer algo. Un matemático extranjero, Mr. Ducimetière pensó en el medio práctico de orillar y vencer estos inconvenientes y propuso, para alcanzarlo, la union de los industriales, es decir, la solidaridad entre los mismos para hacer pasar á la cartera del Banco el papel de la pequeña industria. El rey Leopoldo, de tan perspicua mirada y para quien las cosas pequeñas se hacian grandes cuando del bienestar de sus súbditos se trataba, comprendió toda la intensidad del mal y estudió atentamente el pensamiento: carteóse con el mismo iniciador Mr. Ducimetière significándole las varias dificultades que, á su juicio, podia hallar el proyecto, y, finalmente, convencido de su oportunidad, prohibió directamente la institucion y la puso bajo su patronato. De esta suerte nació la Union del crédito de Bruselas que se extendió luego á Gante y á Lieja. Y, sea dicho de paso, que los constitucionales de Bélgica, no creyeron, ni mucho ménos, que con tal conducta el Rey se hubiese excedido de sus atribuciones legítimas: cuando Leopoldo I bajó al sepulcro todos los corazones leales y patrióticos se sintieron oprimidos y acongojados, y, si periódicamente se conmemoran en Bélgica las virtudes y los timbres inmortales del augusto monarca, nadie olvida que en 1848 prestó á su patria un positivo y relevante servicio poniéndose al frente de la *Union del crédito*.

(1) Véase el Manual de las sociedades mercantiles, de D. Nicolás de Cabanillas.

En una palabra, la buena teoria constitucional es legítimo obstáculo para que el rey considere como suya propia la fortuna pública y practique actos de gobierno que no sean refrendados por sus ministros responsables: de ninguna manera para que emplee el fruto de sus rentas y la *lista civil* en iniciar y fomentar empresas de utilidad pública, ensayar la aclimatacion de las que no son conocidas en el país y rinden óptimos frutos en el extranjero, ó prestar su eficaz apoyo á las ya constituidas y que estime ventajosas para el comun bienestar.

Por el contrario: si la monarquía democrática no ha de ser plan-ta efimera, si tiene razon de ser en nuestra época, es únicamente apareciendo como el resultado de la opinion pública; y, como ésta no dispensa sus favores á ciegas y caprichosamente, sino que juzga á cada cual *segun sus obras*, el medio más abonado y directo de robustecer y consolidar en España la nueva dinastía es aconsejarle que viva siempre en profundo contacto, en íntimo enlace con el país, y que no sea extraña, ni por un momento, á las alegrías y á los infortunios de la patria.

IX.

Los medros y el impulso que ha adquirido recientemente la célebre asociacion que tiene por nombre *La Internacional*, señalan de una manera inequívoca la verdadera necesidad de nuestros tiempos. La cuestion social— que no las más modestas y principalmente externas del organismo político—constituye á buen titulo la gran preocupacion de la época. Preciso es, pues, atenderla y no contestar al clamoreo que se levanta con un desdénoso silencio. Desde el obrero al industrial, al comerciante y al propietario, todos sienten hoy cierto grado de desazon y malestar, y no hay para qué negarlo: lo procedente es afrontar el peligro y plantear el remedio.

¿Cuál será éste?—Lo hemos dicho ántes de ahora: en lo moral dilatar el sentimiento del deber y purificarlo por la influencia religiosa; en lo material, importar y arraigar los elementos, las ruedas, los mecanismos de la vida económica moderna: pedirle á la asociacion honrada la fuerza de que carece la individualidad considerada particularmente; levantar el nivel de la potencia y de la

energía de cada uno por medio del crédito. Con relación á las clases pobres, al comercio, á la marina y á la industria, está todo por hacer en la mayor parte de nuestras provincias. El Patronato entre los ricos y los pobres no es conocido todavía fuera del terreno de la dádiva y la limosna; la cooperación ha muerto á manos de la política; la unión de las clases entre sí está aún en mantillas. Con tales elementos, puramente negativos todos, ¿cómo no ha de ser un gran peligro la aparición de *La Internacional*?—Lo es, efectivamente, y así lo han comprendido el Gobierno y las Asambleas legislativas. Dada la voz de alarma, un movimiento de vibración se ha extendido por todas las esferas, y las personas reflexivas van ya comprendiendo que los tiempos difíciles se acercan á mas andar (1).

(1) A nuestro juicio, se equivocan grandemente los que solo ven en *La Internacional* una cuestión de huelgas y de aumento de salario. Ella encierra, en nuestra opinión, un sistema filosófico-moral, otro jurídico, otro político y en último término, otro económico.

Para hablar así, no nos fundamos en los discursos que hayan podido pronunciarse en Ginebra, Londres ó Basilea: nos basta el símbolo de la asociación formulado por Carlos Marx en estos términos: *Nada de deberes sin derechos; nada de derechos sin deberes*.

La citada fórmula, trasplantada del orden económico al social y tomada en cuenta el valor de las palabras en el lenguaje del materialismo, envuelve ya la negación de todo lo trascendente, de toda categoría superior, de todo ideal de justicia supramundano; de ella se deduce rigurosamente la mera existencia de lo humano, de lo terrenal, de lo únicamente como diría Littré. «Nada de deberes sin derechos» envuelve la teoría del contrato social y presupone la identificación completa entre el que *garantiza* los derechos y el que dicta ó impone los deberes; cuyas premisas conducen de lleno á la negación de Dios y á la del deber moral superior. La razón es obvia. Aunque los hombres no presten el justo tributo á su personalidad, aunque la patria me grante, aunque la familia me niegue el encanto de sus amorosas efusiones, ¿quedaré yo libre de los deberes que me impone, no el hombre, sino una entidad superior?—No; mis deberes son á pesar de mis derechos y de los beneficios que me tributa la sociedad, porque arrancan de esa sber superior, porque emanan de Dios.

Importa poco lo que se haya dicho en Ginebra ó en Basilea: el símbolo es gráfico y revela perfectamente la filosofía de *La Internacional*.

¿Discutiremos ahora si propone á suprimir la herencia? ¿Contaremos los votos de los internacionalistas como hacía el Sr. Castelar en el Congreso?—Es inútil: conocida la tendencia, todo lo demás viene por añadidura. El ilustre filósofo de Hannover, el gran Leibnitz, con aquella poderosa intuición que rayaba en el á la altura del genio, decía que en la herencia veía el gran sello de la inmortalidad humana; natural es, por lo tanto, que estén predispuestos contra la herencia los que consideran al hombre como puro ser terrenal, los que pertenecen en su mayor parte al positivismo de Augusto Comte y nada saben acerca de las causas primeras ni de las finales.

¿Y qué diremos del derecho de propiedad? ¡Oh!—Los espiritualistas pueden hablar del derecho de propiedad porque su concepción general del derecho se entiza con fines superiores y un ideal constante de justicia: para el internacionalista es sólo un medio de honrar á los humanos pasajeros bajo la ley de la conveniencia, y por lo tanto está sujeta á profundas y sucesivas transformaciones. Adoptada el lema de *La Internacional*, todo lo demás es de un carácter lógico, riguroso é indeclinable. El autor de estas líneas, pues, la condena y con todas sus fuerzas: si en el fondo de *La Internacional* hay un sentimiento puro y noble, el deseo de mejorar la condición del trabajador, es tanto lo impuro, lo innoble, lo ruto de otras aspiraciones suyas, que los hombres bien nacidos deben protestar contra ella, en la forma con que Donoso Cortés protestaba contra la doctrina de Hobbes: en nombre del sentimiento público, en nombre de la moral y en nombre del derecho.

Pero téngase en cuenta que, si el mal existe, no basta para conjurarle la histórica política de resistencia; urge atenderlo en lo que tiene de legítimo, y para ello es necesario un gran impulso social.

Barcelona, sobre todo, que encierra en su seno grandísimos elementos de propiedad, de industria y de comercio, no puede mirar impasible como las nubes de la tempestad se condensan en el horizonte amagando serios peligros. Contra la osadía de los malos es remedio insuficiente el estupor y la apatía de los buenos, y, por santa que sea nuestra causa, nadie es capaz de salvar al que, teniendo recursos y elementos de que disponer, se condena voluntariamente á la abdicación y á la muerte.

Afortunadamente existen en Barcelona, aparte de sus habituales y dignísimos publicistas cuyo nombre llamamos para no ofender su modestia, personas de posición holgada é independiente que así lo comprenden hace muchos años. Aunque pocas, son varias las voces que se han levantado en un sentido perfectamente armónico con el objeto de estas breves páginas. La conveniencia de que la política económica se desarrolle con tendencias principalmente nacionales, ha hecho salir de su retraimiento á industriales tan caracterizados é inteligentes como D. Juan Güell y D. José Ferrer y Vidal. La necesidad de mejorar la situación del crédito puso la pluma en manos del conocido banquero D. Manuel Girón. La cuestión de los antiguos oficios y corporaciones en su enlace con los elementos morales y materiales de la nueva sociedad fué, desde 1855, objeto de particular estudio para el ilustrado y benemérito patriota D. José Oriol Ronquillo. La unión de los propietarios para extender su crédito y mejorar las condiciones en que actualmente viven, ha tenido defensores celosos y entusiastas en los jóvenes abogados D. Francisco Román y Puigdemolas y D. Felipe Bertran. Finalmente, cuerpos literarios tan respetables como la Sociedad Económica de Amigos del País y el Ateneo Catalán desarrollan, en la esfera de su alcance, doctrinas muy análogas á las que nosotros sustentamos, siendo secundadas en el orden práctico por el Instituto Agrícola de San Isidro y la Sociedad denominada Fomento de la Producción Nacional, nacida bajo la poderosa iniciativa de D. Pedro Bosch y Labrás.

Peró, sea como fuere, preciso es reconocer que tales elementos, si suficientes en épocas normales y apacibles, no lo son hoy para hacer rostro á las nubes siniestras que en el horizonte se descu-

bren. Necesítase un supremo esfuerzo y en esfera más general. No hasta que esta ó la otra individualidad se lance á la arena, por medio de la prensa ó del folleto, indicando los medios para mejorar la situación de las clases todas: es necesario que se despierte en cada una de ellas un movimiento de vigorosa organización; es necesario que se llenen discretamente y oportunamente las lagunas y vacíos que ofrece en estas circunstancias su existencia mercantil é industrial.

X.

En la imposibilidad de enumerar las varias mejoras económicas de que son susceptibles las cuarenta y nueve provincias que constituyen el territorio español, tomaremos por tipo la de Barcelona cuya situación nos es perfectamente conocida.

Dejemos á un lado la conclusión de su Puerto, la vía férrea internacional por Figueras y los caminos que han de dar por resultado la explotación de sus valiosas cuencas carboníferas, intereses todos de primer orden para la ilustrada capital de Cataluña. Felizmente hay quien ha tomado con señaladísimo empeño llevar á buen término estas importantes obras públicas y debemos prometernos que, en un plazo no lejano, serán una venturosa realidad.

Pero, así y todo, quedará mucho que hacer aún á la propiedad, á la industria, al comercio y á la misma clase proletaria para que Barcelona esté en el caso de corresponder en su día á lo que de ella reclaman sus antecedentes y sus tradiciones.

Sabido es que en Barcelona alcanzaron notable desenvolvimiento las industrias y las artes á la sombra de la organización gremial. Así lo consignó y justificó en sus Memorias Históricas el ilustre D. Antonio de Capmany y de Montpalau, y en pleno sistema representativo, por los años de 1846, un jefe político digno de aplauso, ganoso de impulsar y ver florecientes los importantes intereses que estaban bajo su custodia, hubo de proponerse el restablecimiento de los Gremios aunque bajo carácter distinto del que primitivamente tenían. Era aquel momento históricamente sumamente favorable para la acción administrativa y algunos creyeron que, á la voz de la Autoridad, renacería el espíritu corporativo in-

dustrial de los siglos medios: sin embargo, el propósito fracasó. Hoy sería más fácil llevar á cabo semejante idea empleando un resorté distinto, y las Asociaciones, que no acertaron á constituirse evocadas por el conjuro de un delegado del Gobierno, podrían constituirse bajo la influencia de otro elemento, por el interés y la iniciativa del mismo industrial. En París y en los departamentos de Francia las Juntas sindicales y la Unión nacional del comercio y de la industria dieron el modelo y la fórmula de la manera como pueden enlazarse y fundirse los individuos pertenecientes á cada profesión ú oficio y que no es otro, en último resultado, que la formación de Centros voluntarios especiales donde cada sócio recoja los datos y noticias que pueden convenirle sobre su industria, los informes que le sean útiles sobre las personas que se presentan en sus establecimientos para realizar transacciones y en cuyos Centros se les presten, además, el servicio de arbitraje en sus diferencias mutuas, el de peritaje cuando les convenga, el de cursarles y tramitarles los privilegios de industria y el de la publicidad para sus géneros y productos.

El estado de la propiedad inmueble hace también necesarias las aplicaciones del crédito. Para atajar el vuelo de la usura y facilitar las reformas que exige la higiene de acuerdo con el ornato y embellecimiento de las ciudades, se necesitan instituciones de préstamo sobre hipoteca fundadas sobre las bases y las reglas que autorizan de consuno la razón y la experiencia, desde los primeros ensayos de Silesia hasta el establecimiento del Crédito territorial francés en 1852. Verdad es que ya hoy existe en Barcelona alguna modesta Sociedad de Crédito Hipotecario que lo dispensa en consonancia con los buenos principios económicos; pero es preciso desenvolverla en esfera más ancha de recursos y capitales, dándole el legítimo complemento de poder colocar sus obligaciones amortizables y enlazar el crédito hipotecario con la mutualidad, el protectorado de las clases, las cédulas de mercaderías y otras instituciones adecuadas que la vigoricen é impulsen según propusimos en nuestro folleto de 1867.

Los desastres que han ocasionado modernamente las Cajas de Descuento no es tampoco razón bastante para divorciarse del pensamiento fundamental que les dió vida y que impulsaba al célebre ministro Turgot cuando estableció la primera de ellas en

París por los años de 1774. Bajo su verdadero punto de vista, tales instituciones y mecanismos no tienen por objeto único dar ganancias fabulosas á sus accionistas: el objeto de esta creación es al mismo tiempo de interés general, y en consecuencia el adelanto de los pueblos mercantiles estriba en perfeccionar de tal manera su constitución y mecanismo que logren realizarse armónicamente el fin privado y el público, el lucro económico y las ventajas de orden general. Se ha declamado mucho y mucho sobre los excesos de la especulación y del agiotaje en algunos pueblos de los Estados-Unidos; sin embargo, ¿hubieran alcanzado su esplendor y pujanza desusadas lanzándose por otras vías que las del crédito? ¿Tendrían como hoy tienen los primeros elementos de la vida mercantil si se hubiesen limitado á emprender lo que podían pagar al contado? Como quiera que sea, preciso es tener en cuenta que donde existe la actividad económica no pueden las clases sociales prescindir del descuento: si las circunstancias hacen imposible que medren y florezcan compañías que lo dispensen fuera del círculo de sus asociados, es necesario suplirlas de uno ú otro modo. En consecuencia, si los capitales barceloneses continuaban reacios y la emisión fiduciaria seguía vinculada en el Banco, siempre sería del caso establecer la Unión del crédito entre los mismos industriales, planteando y organizando formas análogas á las que tan excelentes resultados prestaron en Bruselas, Gante y Lieja desde 1848.

Por otra parte, el desarrollo del tráfico marítimo hará necesario próximamente el establecimiento de los *Docks*, adoptándose para sus resguardos ó *warrants* un mecanismo parecido al que tan feliz éxito obtiene en Inglaterra. Ninguna persona medianamente culta ignora hoy lo que es el *warrant*: un recibo de las mercancías depositadas que la Administración de los *Docks* entrega á su dueño y cuyo dueño lo transmite por endoso sencillo. Siendo depositario del *warrant*, el banquero es de hecho depositario de las mercancías, puesto que el *warrant* es la representación de aquellas. El dueño no puede disponer de su mercancía sin que intervenga el banquero. Este hecho tan sencillo basta para que no tenga reparo en poner á disposición del interesado, en *cuenta corriente*, todas las cantidades que pueda necesitar, en proporción con la importancia comercial que representa dicho *warrant*. Cuando conviene al comerciante vender la mercancía pide el *warrant* al banquero reemplazándolo con otro ú otros documentos de igual valor ó reembolsándolo sus

anticipos, lo que se hace con frecuencia por medio del producto de la mercancía que el Corredor encargado de la venta tiene orden de entregar al Banquero. El comerciante, por este método, puede siempre disponer del valor de las mercancías depositadas, sin que para ello sea necesario ningún acto previo de garantía ú otras formalidades de orden externo.

Todo el comercio inglés procede de este modo, y no cabe la menor duda de que esta incesante *disponibilidad* del valor de las mercancías encierra el secreto del poder financiero que en tan portentosas proporciones ha desarrollado el comercio de la Gran Bretaña (1).

Finalmente, en una población industrial como Barcelona, es también de altísima importancia todo lo que puede conducir á mejorar y enaltecer la condición de las clases obreras. Sin patrocinar mentirosas utopías, ni abrir las puertas al socialismo, cabe hacer algo, y aún mucho, en pró de la familia proletaria, asegurándole ciertas ventajas materiales que á la postre han de influir provechosamente en su estado y situación moral. Enhorabuena que las clases conservadoras sean enemigas implacables del socialismo por lo que tiene de amenazante, ímpio y destructivo; pero al mismo tiempo conviene arrancar de sus manos la bandera que orgullosamente tremola de emancipación y mejoramiento del *cuarto estado* en lo que tiene de cristiana, racional y legítima.

En Inglaterra, Alemania, Bélgica, Francia y otros países ha mejorado la situación del proletario por medio de la *cooperación*: cooperación en los consumos realizando grandes economías; cooperación para obtener los beneficios del crédito popular; cooperación para las mismas empresas productoras. Acá en España la falta de cultura y la ignorancia general serán por mucho tiempo rémora y embarazo á la iniciativa del obrero, y por lo mismo debe prepararse su realización á favor de otro tercer elemento: el *Patronato*. En el estado relativo de incultura que alcanza nuestro país, las clases ricas é inteligentes no cumplen su misión social y política cuidándose de sus intereses puramente particulares y cruzándose de brazos ante los deseos y sentimientos que en las demás clases se despiertan. Es necesario educar al que no sabe y encarrilar sus aspiraciones influyendo en los que están debajo de nuestro nivel por la doble autoridad del patrocinio y del ejemplo.

(1) Manual de las Sociedades mercantiles, por D. Nicolás de Cabanillas, pág. 162.

Ahora bien; ¿cómo habrá de realizarse esta misión benéfica y civilizadora?

La contestación es fácil: Estudiando la misma condición del operario, se llega sin dificultad al conocimiento de los medios que deben emplearse para realzarla y enaltecerla.

Si su alimentación es mala ó insuficiente, hay que formar sociedades alimenticias que la favorezcan; si vive comunmente en infectas guardillas y desahogados camaranchones, hay que pensar en mejorar su vivienda; si oia mala sangre porque nada tiene que conservar, hay que hacerle propietario de algo para que «no pasee por donde quiera el asesinato y el incendio» como decía enérgicamente el gran Schiller; si huye de la vida de familia porque ésta le espanta con el cuadro de sus horrores y miserias, hay que pensar en reconciliarle con sus regaladas y honestas fruiciones haciéndole ver que no hay salvación posible fuera de su sagrado recinto; si, efectivamente, el trabajo de los niños y de las mujeres en los talleres constituye, como decía Julio Simon, la plaga de la sociedad moderna, justo es, y muy justo, que los que tienen independencia de posición y vagar suficiente para ocuparse en los grandes problemas del mundo económico-moral, consagren á sus hermanos horas de estudio y perseverantes viglias. ¡Pobre de la sociedad que vive sin verdaderos lazos y defensas morales, y no tiene otros amparos que el ejército y el Código penal! Si el rico dá el funesto ejemplo de volver la espalda á sus deberes y se encastilla en los baluartes de un inconsiderado egoismo, tendrá derecho para condenar á los pobres el día en que, ejerciendo terribles represalias, se lancen á la plaza pública embriagados por un triunfo momentáneo haciendo alarde brutal de su fuerza y conculcando sus deberes?

Para que puedan llevar con honra y dignidad el dictado de conservadoras, es necesario que las clases así llamadas se penetren de sus deberes y hagan ánimo de cumplirlos; de otra manera su fortuna y su prevailecimiento representarán señaladamente una situación de fuerza, que en su día será sustituida por otra, y ésta reemplazada á su vez por una tercera, sin que se cierre jamás en nuestro malhadado país el cráter de los trastornos y de las convulsiones.

Varios autores extranjeros, y entre ellos el ingeniero Emilio Muller, en su excelente obra sobre las Habitaciones obreras y agrícolas, publicada en 1855, han trazado un magnífico programa de la manera como pueden los ricos influir en la suerte de las clases in-

finas de nuestra sociedad. La fórmula es sencilla y tiene por expresión exacta estas palabras: *el Patronato*. Patronato para atender á la orfandad y al desvalimiento; Patronato para constituir sociedades alimenticias como las de Lausana, Leipzick, Lilla y, sobre todo, la fundada en Grenoble por el célebre alcalde Federico Taulier; Patronato para el establecimiento de baños y lavaderos públicos; Patronato para levantar habitaciones destinadas á los pobres y excogitar los medios á favor de los cuales puedan los mismos amortizarlas y adquirirlas; Patronato para desenvolver la instrucción primaria y estimular la práctica sincera de las virtudes; Patronato para despertar en el ánimo de las clases inferiores el deseo de constituir sociedades de socorros mútuos, de frecuentar las Cajas de ahorro y buscar, por las vías de la *cooperación*, un suplemento á su exiguo y mercedado salario; Patronato para evitar la decadencia física de la población, y arrancar al niño menor de ocho años de los talleres infectos y bochornosos y dignificar y mejorar el trabajo de la mujer restituyéndola al seno de su familia; en una palabra, Patronato continuo por el amor, por la caridad, por la propaganda y por el buen ejemplo.

XI.

Si Barcelona tomara la iniciativa en esa obra de civilización y de progreso; si, así como fué la primera de España en ensayar el sistema de las vías férreas, y establecer Sociedades de protección y asilo para la clase obrera y jornalera, y tomar de Francia la bella institución de los Premios á la virtud, y poner por obra, para la extinción de la mendicidad un sistema (1) parecido al que adoptó en el Departamento de la Nièvre el Prefecto Mr. Magnitot, y fundar Ateneos en beneficio de la instrucción popular, sacudiese de una vez su reciente ominoso letargo y entrase por completo en las anchas vías de la asociación moderna fundando por su orden las instituciones que no son conocidas todavía en el suelo peninsular y que tan plausibles resultados prestan en el extranjero; si, correspon-

(1) Alude al Patronato de Pobres establecido bajo los auspicios del Gobernador de la provincia, Excmo. Sr. D. Francisco Sepúlveda.

diendo á lo que de ella exige el abolengo de sus tradiciones, se penetrara de su mision actual ó hiciese un esfuerzo supremo para establecer armónicamente las ruedas y mecanismos de que están necesitadas las clases todas desde que cayeron por tierra los baluartes de la antigua organizacion social, no sólo se conquistara ella gloria imperecedera, sino que su ejemplo obraría provechosa y eficazmente sobre las demás provincias de España y prestaría un señalado y eminente servicio á la Monarquía de 1870.

Porque la verdad es que el sistema democrático, recientemente establecido, no puede arraigarse y consolidarse en la esfera de la política si no encuentra elementos armónicos y adecuados en los demás círculos de la vida social: la idea del deber obrando como poderoso é incontrastable resorte en la conciencia del individuo; el sentimiento y la energía de la personalidad emancipándola del Estado y empujándola hácia el desarrollo *del bien* por el camino de la asociacion voluntaria.

Hemos dicho ya repetidas veces que la síntesis del nuevo orden social está contenida en dos palabras: Asociacion y Crédito. *Asociacion*, que tanto vale decir como iniciativa, educacion y costumbres; *Crédito*, que no es otra cosa que el premio de la aptitud y la moralidad de cada uno.

¡Ay de la nacion española si debiese continuar en el estado de incertidumbre y abandono en que vegeta desde que estalló en su seno la funesta crisis iniciada con la guerra de los Estados-Unidos! ¡Ay de las clases conservadoras si no comprenden oportunamente la elevada mision que les señala el nuevo orden de cosas! ¡Ay de la Monarquía de 1870 si, en vez de asentarse sobre la base sólida de la voluntad libre y ordenada y activa de los ciudadanos, estuviese condenada á reinar sobre un pueblo de clases ignorantes y egoistas atentas únicamente á las solicitudes del placer, dominadas por meros impulsos bizantinos y desviadas casi por sistema del cumplimiento de sus deberes!

Porque ya en su tiempo lo dijo gráficamente el célebre publicista Benjamin Constant:—«Donde existe aislado el individuo no hay más que polvo y, con la ventisca y las tempestades, el polvo se convierte en cieno.»

